6625

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

# MANCHA HEREDADA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

ADELAIDA MUÑIZ Y MAS

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°
1892

# MANCHA HEREDADA

# MANCHA HEREDADA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

ADELAIDA MUÑÍZ Y MAS

Estrenado con gran aplauso en el TEATRO DE LA ZARZUELA el 27 de Abril de 1892.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

| PERSONAJES | | ACTORES |
|---|---|---|
| LA CONDESA..... | Sra. | Segura. |
| MARGARITA..... | » | García. |
| BERTA..... | » | Roder. |
| RAFAEL..... | Sr. | Muñóz. |
| DON JULIÁN..... | » | Garza. |
| EL PADRE GABRIEL..... | » | Alarcón. |
| MANUEL, criado..... | » | Casas. |

La acción en Madrid, época actual.—Derecha é izquierda, las del actor.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A MIS QUERIDOS PADRES Y TIOS

ADELAIDA MUÑÍZ Y MAS.

671698

# ACTO PRIMERO

Despacho elegante: puerta al fondo y laterales. En primer término derecha, mesa y sillón: á la izquierda un sofá. Armarios con papeles y libros. Es de día (1).

## ESCENA PRIMERA

### DON JULIÁN y EL PADRE GABRIEL

JULIAN. Es difícil la defensa...
Mas no importa, don Gabriel;
se trata de un desvalido,
me lo recomienda usted,
y esto hará que mire el pleito
con verdadero interés.
P. GAB. Yo visito aquella casa
asilo de la honradéz,
que á turbar viene una lucha
que no pueden sostener.
Él creyó que un abogado
de su fama y brillantéz,
no aceptaría un asunto
de un hombre pobre como él;

(1) Todos los períodos de versos marcados del (1) al (2), puedan suprimirse á fin de aligerar la representación.

pero, ¿quién, amigo mío,
ignorará que usted es
defensor de la justicia
y propagador del bien,
desde la causa famosa
que nos le dió á conocer?

JULIAN. Me juzga usted con cariño;
yo cumplí con mi deber,
y si de aquel desdichado
la existencia no salvé,
hice todo cuanto pude
con voluntad, don Gabriel.

P. GAB. Sé que á usted siempre le gusta,
sin mostrarse, hacer el bien.
Vamos, pues, á aquella casa.

JULIAN. Vamos á su casa pues;
pero antes á Margarita
quisiera un momento ver.

P. GAB. Niña ejemplar y preciosa,
modelo de candidéz:
¡va por la senda del cielo!...

JULIAN. ¡Es más ángel que mujer!
Cuando del colegio há un año
ó poco más la saqué,
ella convirtió esta casa
en un apacible edén;
¡ella comunica encantos
á todo lo que hace y ve,
y ella será el dulce alivio
de mi cansada vejéz!

P. GAB. El premio de aquella acción
que al adoptarla hizo usted,
quiere Dios que en esa niña
hoy lo pueda recoger.

JULIAN. ¡En su infinita bondad
paga siempre el mal con bien!
(Llamando.) ¿Berta? Quiero prevenirla
que no me espere á comer.

## ESCENA II

DICHOS; BERTA, con gafas y muleta.

JULIAN. Venga acá mi anciana Berta.
BERTA. Don Julián, ¿llamaba usted?
P. GAB. ¿Cómo van esos achaques? (Saludándola.)
BERTA. ¡Mal; crece mi pesadéz,
y si sigo así, muy pronto
no me podré sostener!
JULIAN. ¡Aprensión!
BERTA. No, don Julián,
es exceso de vejéz;
dentro de muy pocos días
los ochenta cumpliré.
P. GAB. ¡Pero su vida arreglada!...
BERTA. ¡Bah! ¿Qué vale, don Gabriel?...
Yo, que allá en mis mocedades
ni el amor ambicioné,
ni el brillo de las riquezas,
ni el turbulento placer,
voy siempre tras Margarita
porque su risa me dé,
y con su alegría mi alma
quiero rejuvenecer.
P. GAB. ¡Es una santa esta Berta!
BERTA. No tanto: lo procuré.
¡Soy hija de un mayordomo,
aquí pasó mi niñéz,
y es en mí, sagrada deuda
que en la vida olvidaré!
JULIAN. Siempre ha vivido en mi casa,
y honrada, constante y fiel,
no es ya en ella una sirviente
como en otro tiempo fué.
Bien, Berta, voy á salir
con mi amigo don Gabriel,
y es muy posible que tarde
algo más...
BERTA. Está muy bien. (Se levantan.)
JULIAN. Dígale usté á Margarita

que no me espere á comer;
voy á un negocio importante
por el que tengo interés.

P. GAB. Y de mi parte la dice
que mañana la veré;
tengo es a tarde un sermón
que decir en San Ginés
y llevo el tiempo tasado.

BERTA. Todo así se lo diré.
(¡Mejor es para mi intento,
cuanto más tarde en volver!)

JULIAN. La encomiendo á Margarita,

BERTA. Tranquilo el señor esté,
que teniéndome á su lado
nada le ha de suceder.

P. GAB. Me tiene usted á sus órdenes.
(Tomando el sombrero.)

JULIAN. Y yo estoy á las de usted. (Lo mismo.)

P. GAB. Adiós, Berta, hasta mañana.

BERTA. Adiós, señor don Gabriel.

JULIAN. Hasta la noche.

BERTA. Hasta luégo,
y confíe en mí.
(Les acompaña hasta la puerta y baja al proscenio.)
¡Se fué!

## ESCENA III

BERTA; luégo MANUEL

BERTA. Es preciso que se explique;
ya mis medidas tomé
y él debe estar esperando.
(Tira del cordón de la campanilla y aparece Manuel por el foro.)

MAN. ¿Me llamaba?

BERTA. Sí, Manuel.
¿Nadie esta tarde ha venido?

MAN. Sí señora.

BERTA. Bueno, ¿y qué?. .

MAN. Ha venido un caballero

preguntando por usted;
joven, de porte elegante...

BERTA. ¿Su nombre?...

MAN. Don Rafael;
no me dijo su apellido
y habla con misterio...

BERTA. (¡Él es!)

MAN. Le dije que estaba el amo,
y cuando á entrar le invité,
se negó rotundamente:
espera en el cuarto aquel.
(Señalando la segunda puerta lateral de la derecha.)
Dice que importa el secreto
y el no ser visto ..

BERTA. (¡No sé
si obro bien al dar un paso
que puede funesto ser!)
Hazle entrar.

MAN. Voy al momento. (Sale.)

BERTA. ¡Yo su amor protegeré;
pero tiemblo por los dos!

MAN. (Anunciando.) El señor don Rafael.
(Mucho el misterio me choca:
¿quién será?) (Sale por el foro.)

RAFAEL. (Presentándose.) ¡Señora!...

BERTA. (¡Él es!)

## ESCENA IV

BERTA y RAFAEL

RAFAEL. (Pausa larga y penosa.)
Temo á mi pesar, y espero
que á partir desde este instante...

BERTA. No siga usted adelante;
todo lo sé, caballero. (Muestra una carta.)
Este papel solicita
una audiencia que he otorgado ..

RAFAEL. ¿Y usted?...

BERTA. Yo le he contestado

en nombre de Margarita.

RAFAEL. Luego usted sabe, señora...

BERTA. Yo he interceptado el papel,
y cuanto usted dice en él
mi Margarita lo ignora.

RAFAEL. ¡Conoce usté el contenido!...

BERTA. Sé su pasión verdadera,
sé que es ardiente, sincera,
por eso nada he temido.
Por eso hallé conveniente
su amor, y á él no puse tasa,
para la paz de esta casa
y de esa niña inocente.

RAFAEL. Señora, amo á Margarita,
y hallé dichas celestiales
al traspasar los umbrales
de la casa en que ella habita.
(Con creciente fuego)
Ya no me apartan cerrojos
del ángel que me deslumbra:
tal vez la luz que me alumbra
trae miradas de sus ojos
Tal vez este mismo ambiente,
por fortuna caprichosa,
besó sus labios de rosa
y el nácar de aquella frente.
Quizá es el que se recrea
en esparcir sus cabellos;
es el que se roza en ellos
y en sus rizos juguetea.
Quizá trae el aire que aspiro
mil moléculas amadas
de sus labios escapadas
para formar un suspiro.
Quizá por misterio humano
aquí se sentó hace poco;
¡quizá el objeto que toco
guarda el calor de su mano!

BERTA. A esa creciente pasión,
corresponde Margarita;
que al acudir á esta cita
sondeé su corazón.

Mas no hay para qué decir,
que no quisiera en verdad,
que diera á la sociedad
motivos para reir.
¡Si en el más puro crisol
su pasión fundió, debía
mostrarse á la luz del día
y ante los rayos del sol!

RAFAEL. Y así, señora, lo haré:
mi madre lo sabe ya,
y hoy su mano pedirá
como yo se lo rogué.
(1) Que aunque ignoramos la altura
de su primer apellido,
fiarlo todo al sonido
de unas letras, es locura,
si á tan linda señorita
ante mi madre la abona,
la honradéz de la persona
que recogió á Margarita (2).

BERTA. Ese es el recto camino
que le señala el deber.

RAFAEL. ¿No podré un momento ver?...

BERTA. ¿A quién?

RAFAEL. ¡A ese ángel divino!

BERTA. En usted fío sobrado
y le otorgo esa ventura,
que ella es inocente y pura
y usted es noble y honrado.

RAFAEL. Señora, quien usted sea,
la estaré reconocido,
pues tanto ha favorecido
mi franca y vehemente idea.
Nunca olvidaré el favor
que nos está usted prestando.

BERTA. ¿Quién sabe si estoy sembrando
la semilla del dolor?
¿Quién negará que la suerte
ve estos cambios complacida,
y que dar á un sér la vida
es condenarle á la muerte?

RAFAEL. La intención es buena...

BERTA. ¡Sí!
Pero la maldad es terca.
¿Margarita? (Llamándola.)
RAFAEL. ¡Ella!
BERTA. Se acerca;
¡no se preocupen de mí!
Riendas den á su pasión
por tres años acallada,
que yo vigilo la entrada
observando en el balcón.
RAFAEL. ¡Es usté una santa!
BERTA. (Sonriendo.) ¡A veces!...
RAFAEL. ¡La debo!...
BERTA. ¡Bah, gratitud!...
(¡Ay, hermosa juventud,
cómo me rejuveneces!)

## ESCENA V

DICHOS; MARGARITA, con bata elegante.

RAFAEL. ¡Margarita! (Corriendo á su encuentro.)
MARG. (Con un grito de suprema alegría.) ¡Rafael!
RAFAEL. ¡Qué hermosa estás, Margarita!
BERTA. (Este corazón palpita (Por el de Rafael.)
á impulsos sólo de aquél.)
(Por el de Margarita. Abre el balcón y sale al exterior, quedando algo visible para el público.)
RAFAEL. ¡Cuánto, mi bien, he soñado
con este feliz momento;
cuán loco mi pensamiento
con tu amor ha delirado;
cuántas veces te ha invocado
el fuego de mi pasión,
como celestial visión
y como imagen bendita,
para poner, Margarita,
*tu altar en mi corazón*!
¡Sí, va tu imagen grabada
en el cristal de mis ojos,
y entre flores y entre abrojos

te he de hallar representada;
donde fijo la mirada,
allí te ve mi ilusión,
ideal aparición
que todo mi ser agita,
y que reina, Margarita,
*llenando mi corazón!*
(1) ¡Cuando perdidas tus huellas
te busqué desesperado
entre las flores del prado
y el fulgor de las estrellas,
al eclipsarte como ellas,
mi loca imaginación,
con un resto de razón,
te fué á buscar á tu ermita,
y te encontró, Margarita,
*dentro de mi corazón!*
¡Cuando despierto deliro,
tu nombre á mis labios sube;
cuando del sueño la nube
me envuelve, también te miro,
y débil como un suspiro,
con santa veneración,
con delicia, con fruición,
dejo que el labio repita
este nombre, Margarita,
*que sale del corazón!* (2).
¡Si en el tiempo que ha pasado
olvidaste al que te adora
y alguna pasión traidora
en tu pecho ha germinado,
yo, ante tus plantas postrado,
te pido, por compasión,
la entera revelación
del amor que en tu alma habita,
para herirte, Margarita,
*dentro de mi corazón!*

MARG. ¿Yo olvidar con la distancia?
¿ceder al tiempo y la ausencia?...
tú, en tu celosa demencia
soñabas con mi inconstancia;
de una flor en la fragancia

tomó color mi pincel,
para el retrato de aquel
que me ultrajaba engañado;
un retrato, dueño amado,
*de mi injusto Rafael*!
¡Tú eras la sombra querida
que siempre me acompañaba,
doquier tu imagen miraba
á lo sumo repetida;
dando al pensamiento vida
del viento el raudo corcel,
trajo noticias de aquel
por quien tanto he suspirado;
y me hablaba, dueño amado,
*de tí, de mi Rafael*! (Modulando la voz.)
¡En el murmullo del viento
al rozar con la verdura,
en el río que murmura
con misterioso contento,
hallaba ecos de tu acento,
que acudían en tropel
repitiendo; «piensa en él,
que tu amor aún no ha olvidado,»
y soñaba, dueño amado,
*con tu sombra, Rafael*!
(1) En la clara luz del día
tu imagen querida hallaba,
y si la noche tornaba
en sus sombras te veía;
ni un momento, vida mía,
me faltó tu imagen fiel;
te ví, gallardo doncel
resucitando el pasado,
y eras tú mi dueño amado,
*siempre tú, mi Rafael*! (2).
Faltándome los amores
(Muy sentido hasta el fin.)
de una madre cariñosa,
abandonada y llorosa,
solitaria en mis dolores,
fueron mis horas mejores,
las que dí á mi amor infiel,

y de esa falta cruel
el tri te llanto ha secado,
tu recuerdo, *dueño amado,*
*y tu amor, mi Rafael*

RAFAEL. ¡Ah, si me adoras así,
espera como yo espero,
que el poder del mundo entero
no te apartará de mí;
me siento capáz por tí,
por tí, á quien adoro tanto,
de las virtudes de un santo,
y la maldad de un demonio,
si alguien nuestro matrimonio
quiere ahogar con duelo y llanto.

MARG. ¡Ah, Rafael, por favor,
calla, que me causas miedo!

RAFAEL. ¡Perdona si hablar no puedo
sin inspirarte pavor,
porque á veces el amor
camina tan arrogante,
tan altivo, tan constante,
que aquel tímido cariño
que tiene el cuerpo de un niño,
da la sombra de un gigante!

BERTA. Vamos; bastante han hablado.

MARG. Márchate; no venga alguno.

RAFAEL. Nunca hallo tiempo oportuno
de apartarme de tu lado;
pero me voy descuidado
pues tu corazón me es fiel.

MARG. ¡Nadie te arrancará de él!

BERTA. ¡No prolonguen más la cita!

RAFAEL. ¡Hasta luégo, Margarita! (Besando su mano)

MARG. ¡Adiós, adiós, Rafael!
(Salen Berta y Rafael. Pausa.)

## ESCENA VI

MARGARITA; después BERTA

MARG. ¿Por qué con su vista sufro,
mucho más que con su ausencia?

¿Por qué tiemblo y por qué lloro? ..
¿Eres tu, querida Berta?

BERTA. Sí, Margarita, soy yo:
vamos. ¿no estás aún contenta?

MARG. ¡Sí!. .

BERTA. Pues lo dices de un modo...
que la verdad, no me alegra.
Yo he sabido tus amores,
yo he interceptado una esquela,
yo lo he preparado todo...
¿qué más por ti hacer pudiera?
¡Yo quiero verte dichosa!

MARG. ¡Qué buena eres, qué buena!
(Besándola.)

BERTA. Mas no tienes confianza
sin duda, en la pobre vieja,
y tus amores la ocultas
y tu dolor no la cuentas.

MARG. ¡Si yo... pesares no tengo!

BERTA. Pero ven acá, tontuela;
¿crees que podrás engañarme
con mi caudal de experiencia?
¿Qué tienes, mi Margarita,
qué presientes, qué te aqueja?
¿No le amas ya?

MARG. (Con pasión.) ¡Virgen Santa!
¡No le amo; le adoro, Berta,
y si mi vida quisiere,
sonriendo se la diera;
que en él, cifro, Berta mía,
la gloria de mi existencia!

BERTA. Entonces... ¡no te comprendo!

MARG. ¡Temo!...

BERTA. ¿El qué?

MARG. ¡Mi suerte adversa!
Si yo tuviera una madre
que amante me protegiera;
si de un padre cariñoso
pudiera esperar...

BERTA. Te quejas
Margarita, sin razón;
pues en medio de tus penas

si á esos seres nunca viste,
la Divina Providencia
te dió en mí... una buena amiga,
segunda madre dijera,
si ignorara que los padres
sólo unos hay en la tierra,
y que no caben *segundos*
en esa afección *primera*.

MARG. Borrar su santa memoria
con otra ilusión más nueva
es un crimen; ¡mas yo puedo
darte ese nombre en la idea
de que si me dieron vida,
no llegué á verlos siquiera.

BERTA. ¡Pues admitiendo este caso,
don Julián es una prueba
viviente, un segundo padre,
que el vacío inmenso llena,
que el verdadero ha dejado
en tu corazón!

MARG. ¡Quimera!
Mi corazón es la sima
que ningún amor alberga,
ni puede cicatrizarse
la herida en el alma abierta.

BERTA. Mas ¿no le amas?

MARG. ¡Le respeto
y le tiemblo!

BERTA. ¿Que le tiemblas?

MARG. Berta; cuando su cariño
constantemente me muestra,
me empeño en vano en amarle
y en ello gasto mis fuerzas;
mas rehuyo sus miradas,
sufro y tiemblo en su presencia;
sus palabras más sencillas
mi oído en suspenso dejan,
y cuando filial cariño
reclamo de mi conciencia,
por su ingratitud llorando,
«¡no puedo amarle!», contesta.

BERTA. ¿Qué me dices, Margarita?

¡Déjame que no te crea!

MARG. ¡Voy en busca del *afecto*,
y el *temor* se me presenta;
le pido *fuego* á mi alma,
y *hielo* eterno me muestra!

BERTA. ¡Nunca en tí hubiera creído
que ingrata á su bondad fueras,
y este es un descubrimiento
que me sume en la tristeza!

MARG. ¡Perdoname, Berta mía,
que te cause tantas penas:
es que la copa de mi alma,
que está de amargura llena,
al llevarla hasta mis labios,
gotas en los tuyos deja!

(Se arroja a su cuello, besandola y acariciándola.)

## ESCENA VII

DICHAS; DON JULIÁN, que entra por el foro, se acerca lentamente y las contempla sonriendo.

MARG. ¡Ah!

BERTA. Don Julián, ¿usted aquí?

JULIAN. Así me gusta á mí verlas.
¡Hermoso cuadro!

BERTA. ¿No iba
el señor á comer fuera?

JULIAN. Sí; mas despaché el asunto
y me volví á sorprenderlas.

BERTA. Lo celebro, y me retiro;
¿manda algo el señor?

JULIAN. No, Berta.

(Las dos se disponen á salir.)

Mas ¿qué veo, Margarita,
porque vengo yo te alejas?

MARG. No, don Julián; iba ya
á abandonar esta pieza.

JULIAN. ¡Está bien!

MARG. ¡Hasta después!

(Se dirige al foro. Berta sale.)

JULIAN. (¡Ni una mirada siquiera!) (Viéndola alejarse.)

## ESCENA VIII

MARGARITA y DON JULIÁN. Cuando Margarita va á desaparecer, se oye nombrar y vuelve á la voz de don Julián.

JULIAN. ¿Margarita?... Un hondo afán
me obliga á solas á hablarte:
¿quieres oirme y quedarte?
MARG. ¡Le escucho á usted, don Julián!
JULIAN. Siéntate en este almohadón,
que yo te mire á mis piés;
(Se sienta en el sofá y Margarita á sus piés; le toma las manos y se las pone sobre sus rodillas con mucho cariño.)
¡mas... por favor, no me des
con tanta frecuencia *el don*!
MARG. Comprendo que no le cuadre
un nombre tan respetuoso;
¿quiere usted otro cariñoso?...
JULIAN. ¡Oh, sí!
MARG. ¡Le llamaré *padre*!
JULIAN. ¿Padre? (Contrariado)
MARG. ¿No? ¡Entonces, *tutor*!
JULIAN. ¡Tampoco! (Con profundo disgusto.)
MARG. ¡Entonces, *padrino*!
JULIAN. ¡Menos! (Con mal disimulada impaciencia.)
MARG. ¡Ah, sí; ya adivino; (Con temor.)
perdóneme usted, señor.
JULIAN. ¿Señor? (Con enfado.)
MARG. Para no enfadarle,
pues que verle así me asusta,
diga el nombre que le gusta
y con él podré llamarle.
JULIAN. Uno...
MARG. Sí, sí; comprendido;
respetuoso con exceso...
JULIAN. ¡Margarita, si no es eso;
si no es eso lo que pido!

(Se levanta con agitación. Pausa.)

MARG. Perdón si en algo ofendí
el amor que me profesa;
pero es tanta mi sorpresa
al verme tratar así...
Mas .. mi cariño filial. .

JULIAN. Cosa es que yo no reclamo,
puesto que á mi vez no te amo
con afecto paternal.

MARG. Diga usted lo que querría
y dárselo le prometo.

JULIAN. ¡Algo menos de *respeto*
y algo mas de *simpatía*!
Ni hallo en ti vivos sonrojos,
ni altera el amor tu paz,
ni brilla un rayo fugáz
tras el cristal de tus ojos.
La expresión de tu mirada
es de temor y de ruego;
te doy mi mano de fuego
y encuentro la tuya helada.
(1) Tienes el alma de un niño
en un cuerpo seductor,
y siempre que digo: «¡Amor!»
tú me respondes: «¡Cariño!» (2).
Te pinto el arrobamiento
conque siempre te he mirado,
y al recordar el pasado
me das... ¡*tu agradecimiento*!
No; imposible, Margarita,
el amor que te he tenido,
en otro se ha convertido
y otro también necesita.
(Con explosión.)
¡Salga, pues, esta pasión
por tanto tiempo acallada,
rugiente ola desbordada
que escapa del corazon!
Yo en vez de amor respetuoso
quiero una frase amorosa;
¿no me darías gustosa
el dulce nombre de esposo?

(Margarita se levanta.)
(Pausa.) ¿No me responde que sí?
¿No te inflamas de alegría?

MARG. ¡Tal nombre no le daría,
porque á otro se lo ofrecí!

JULIAN. ¿Á otro?

MARG. ¡Sí; desde el convento,
tengo mi palabra dada
y estoy á un hombre ligada
por sagrado juramento!

JULIAN. ¿Así pagas el favor
que hice á tu orfandad obscura?...
¡Miserable criatura!

MARG. ¡Perdón mil veces, señor! (De rodillas.)
¿Mas si un padre se contenta
con el santo amor filial,
es pagárselo á usted mal,
si con él pago mi cuenta?
Si usted me hizo respetuosa
con su educación prolija,
¿cómo después de ser hija,
quiere hacer de mí su esposa?

JULIAN. ¡Despreciarme por otro hombre,
eso no; no lo tolero!

MARG. Don Julián, si á usted le quiero...

JULIAN. ¡Su nombre, pronto, su nombre!

MARG. ¿Por qué así me ha de reñir? (Se levanta.)
¿Por qué se ha de incomodar?
¡Porque ni supe engañar,
ni le he querido mentir!
¡Cuán diferente sería
si hubiese mi amor tapado
con el antifáz menguado
que esconde la hipocresía!

## ESCENA IX

DICHOS y MANUEL

JULIAN. ¿Y el nombre de tu amador,
escondes para mi mal?...

MAN. ¡El Conde de Puente Real,
desea ver al señor!
JULIAN. ¡No recibo!
MARG. (¡Oh! ¡qué sorpresa!)
MAN. Dijo que le interesaba
y no viene solo.
JULIAN. ¡Acaba!
MAN. ¡Le acompaña la Condesa!
JULIAN. ¡No recibo! (A Margarita.) Dí, traidora
su nombre....
MARG. ¡Nunca!
JULIAN. ¡Lo exijo!
MARG. ¡Pues bien, señor; es el hijo
de esa opulenta señora!
JULIAN. ¡El hijo de esa alta dama...
de esa que me aguarda fuera!...
MAN. Diré que vuelvan...
JULIAN. (Como tomando una resolución.) ¡Espera!
(A Margarita.)
Pues ya sé cómo se llama,
en su incierto porvenir
juro que me he de vengar:
¡sal; no debes escuchar
lo que aquí se va á decir!
MARG. ¡Perdón para mis amores,
piedad para Rafael!...
JULIAN. ¡Basta, basta: sal!
(Abriendo la lateral de la derecha.)
MARG. (¡Cruel!)
(Sollozando amargamente.) Entra. Don Julián cierra y corre el portier.)
JULIAN. Haz entrar á esos señores. (Sale Manuel.)

## ESCENA X

DON JULIAN; LA CONDESA y RAFAEL, por el foro.

JULIAN. ¡Ah, cogido por sorpresa
en este lazo fatal!...
MAN. (Anunciando.)
El Conde de Puente Real
y la señora Condesa. (Se retira.)

JULIAN. ¡Señora!... (Se saludan ceremoniosamente.)
COND. Por lo que pasa
le extrañará que hoy acuda.
JULIAN. Algún negocio sin duda
les obliga á honrar mi casa.
Siéntense.
COND. En efecto, ha sido
uno el que motiva el paso
que doy.
JULIAN. Me felicito del caso
que hasta aquí les ha traído.
COND. Gracias. Inútiles creo
digresiones y á decirle
voy mi objeto, sin pedirle
frases huecas, ni un rodeo.
JULIAN. Ya escucho, señora.
COND. Soy
Condesa de Puente Real,
mi hijo es noble, leal,
y á hablarle de él solo voy.
RAFAEL. No sigas ya: en esta casa,
madre, hablar me corresponde,
que el fuego que el alma esconde
lo ve quien en él se abrasa.
Caballero, usted posée
un tesoro de hermosura,
una niña fresca y pura
que en un colegio encontré.
Al ver el dulce candor
de su frente nacarada,
en mi primera mirada
se inflamó en rayo de amor;
rayo que al crecer violento,
tornóse inmenso volcán,
en que abrasándose están
corazón y pensamiento;
llama que mi alma ilumina
y ni un punto se obscurece,
y que al mirarla, parece
un foco de luz divina.
Esta es, señor, la pasión
que á ninguna otra se iguala;

¡yo ofrezco á la colegiala
mi mano y mi corazón!

COND. Esta es hoy nuestra visita,
y aunque ignoro su apellido,
hasta el de usted, yo le pido
la mano de Margarita.

JULIAN. Mucho á ella la honran, señora,
y mucho también á mí;
mas ¿cómo da un paso así?...

COND. Va usted á saberlo ahora.
Por cierta causa afamada
ganó usted justo renombre,
y yo pienso que aquel hombre
de honradéz tan decantada,
si acoge á una criatura
y la ampara su apellido,
doy, don Julián, por sabido
que es honrada, noble y pura.

JULIAN. (¡Oh, qué idea.) No me toca
hacer mi humilde defensa;
sobrado me recompensa
oir mi elogio en su boca;
mas esa historia evocada
debe hoy, señora, mezclarse
y estrechamente enlazarse
con nuestra vida pasada.
Y aunque al recordarla dé
un gran pesar á los dos,
¡la he de contar!...

COND. ¡Sí; por Dios!

RAFAEL. (¡Oh, tiemblo no sé por quél)
(¡Y mi corazón palpita
amedrentado y violento!...)

JULIAN. Este verídico cuento
debe oirlo Margarita.
Hoy me interesa ante ella
el velo por fin rasgar...
(Abre la puerta por donde se fué Margarita, y sale un momento.)

RAFAEL. ¿Qué será?

COND. ¡Déjale hablar!

## ESCENA ÚLTIMA

LA CONDESA, RAFAEL, DON JULIAN y MARGARITA. Don Julián saca á Margarita de la mano, y la deja sin hacer su presentación.

MARG. ¡Señora!. .
(Haciendo una reverencia á la Condesa y quedando en pié en segundo término)
COND. (Aparte á Rafael.) (¡Cierto que es bella!)
(¡No la presenta!)
JULIAN. Voy, pues,
á descargar mi memoria.
MARG. (¡Cuánto sufro!)
JULIAN. Es una historia
que ha de amargar á los tres.
RAFAEL. (No sé por qué el alma entera
se me va tras de un suspiro,
y con la ansiedad la miro
de quien ve por vez postrera.)
(Durante el anterior aparte, Margarita habrá pasado por el último término, á la derecha.)
JULIAN. Contaré con sencilléz.
MARG. (Presintiendo una cruel venganza.)
(Un velo á mis ojos denso...)
COND. ¡Nos tiene usted en suspenso!
RAFAEL. ¡Sepámoslo de una vez!
(Los personajes, sentados por el orden siguiente, de izquierda á derecha: Rafael, La Condesa, don Julián y Margarita Pausa.)
JULIAN. ¡Es una historia sombría
esta que voy á contar,
que en mi memoria existía
y que si hasta ayer dormía,
hoy se debe despertar!
Al estudio dedicado
me encargué de la defensa
de un hombre, de un desgraciado,
que por el mal fascinado,
tuvo el mal por recompensa.
Un hombre que en su camino

nadie le quiso guiar,
y abandonado á su sino,
empezando por robar
fué incendiario y asesino.
Un desdichado que un día
viviendo en un mundo falso
junto al crimen, no veía
que en cada falta subía
un escalón del cadalso.
En su existencia, ví el drama
que á menudo hallarse suele;
un sér, que en el mal se inflama,
que la sociedad repele
y la justicia reclama.
Me inspiró aquel desgraciado
compasión de su cinismo,
cuando cayó despeñado
por el vértigo arrastrado
y la atracción del abismo.
¡Ay, del que siente atracción
por ese abismo fatal,
que basta un sólo escalón
de la pendiente del mal,
para ir á la perdición!
Su crimen... no se ha olvidado
y de él nació mi fortuna;
mató á un anciano baldado,
y por su sangre cegado
hirió á un ángel en la cuna.
El criminal en su huída
incendió la casa, y luégo
buscó á su luz la salida:
¡quiso la sangre vertida
borrar y lavar con fuego!
(1) No halló tal crimen perdón
en nuestra alta sociedad,
que ante tan inícua acción,
se espanta la caridad
y enmudece el corazón.
No hay perdón en nuestro suelo;
pues si el mundo perdonara
tan inusitado anhelo,

para ello necesitara
la clemencia que es del cielo (2).
Quise su vida salvar
como hombre, como abogado,
mas no lo pude evitar,
y fué el término á encontrar
digno de tan gran pecado.
¡Mas la desgracia inclemente
hizo también una herida
á un pobre sér inocente;
y aquella sangre vertida
manchó á un ángel en la frente!
Á su prisión me llamó,
un secreto me fió
que puntualmente cumplí,
y una niña recogí
que á mi costa se educó.
Para evitar un gran mal,
Condesa de Puente Real,
niego lo que solicita:
(Tomando de la mano á Margarita y presentándola.)
¡les presento á Margarita,
hija de aquel criminal!
(La Condesa se aparta con horror: Margarita da un grito y cae desmayada; Rafael acude á socorrerla, mientras don Julián contempla el cuadro sombríamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

# ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Está anocheciendo.

## ESCENA PRIMERA

RAFAEL y MANUEL

RAFAEL. ¿Conque dices que tu amo?...
MAN. Salió hace poco.
RAFAEL. (¡Me alegro!)
MAN. Pero está la señorita;
si usted quiere...
RAFAEL. Nada quiero.
MAN. No sé si recibirá:
hoy no se apartó del lecho
de la pobre doña Berta,
á quien no deja un momento.
¡Parece que al mundo vino
tan sólo á cuidar enfermos!
RAFAEL. ¿De modo que esa señora
no se alivia?
MAN. Nada de eso:
¡y si viera usted qué buena
siempre fué!
RAFAEL. Óyeme atento:
aquí me trae hoy un asunto
y á hablarte de él sólo vengo;

contaba con doña Berta;
pero tú...

MAN. ¿Yo? ¡No comprendo!...

RAFAEL. ¿No has notado nada extraño
desde anteayer?

MAN. Sí, y no bueno;
el señor no para en casa;
la señorita, yo creo
que llora mucho...

RAFAEL. Pues bien;
yo darles la calma puedo,
mas necesito tu ayuda.

MAN. ¿Mi ayuda?

RAFAEL. Sí; que entrar tengo
por la puerta del jardín
esta noche...

MAN. (Indignado.) ¡Caballero!...

RAFAEL. Y es preciso...

MAN. No le ayudo,
y á don Julián se lo cuento
cuando vuelva por la noche.

RAFAEL. ¡No lo creas!

MAN. ¡Sí lo creo!

RAFAEL. No soy ladrón ni asesino.

MAN. Pero yo...

RAFAEL. (Dándole un billete de Banco.)
Y en prueba de ello,
toma, y dí si los ladrones
van repartiendo dinero.

MAN. ¡Claro que no! (Confuso.)

RAFAEL. ¿No es verdad?

MAN. (Con respeto y amabilidad.)
Sí, señor Conde, es muy cierto.
Pero eso de abrir la puerta
á altas horas y en secreto...

RAFAEL Bastará que se te olvide
cerrar la verja por dentro.
Yo te afirmo que no paso
de este primer aposento.

MAN Pero...

RAFAEL. Tú lo necesitas,
y de tu servicio en premio

si esta noche entrar me dejas,
prometo doblar el precio.

MAN. Señor... yo...

RAFAEL. Bien, convenido.
No *abres*, mas dejas *abierto*;
me esperas en el jardín,
igual cantidad te entrego,
y todo queda acabado
en muy contados momentos.

MAN. ¡Conste que soy fiel!

RAFAEL. ¡Muy fiel!
¿Consientes ó no?

MAN. ¡Consiento!
Mas conste que mi intención
es buena y por ello accedo.

RAFAEL. ¡A las diez, en el jardín!

MAN. ¡A las diez, puntual le espero!
(¡No es del todo mal negocio
si hubiera á menudo de estos!)

RAFAEL. (¡Qué talismán y qué llave
son el amor y el dinero!)
(Sale por la puerta lateral de la izquierda.)

## ESCENA II

MANUEL; después DON JULIAN, por el foro.

MAN. ¡Veinte duros que me gano
en un día: no es mal sueldo;
más de cuatro señorones
quisieran...

JULIAN. ¿Manuel?

MAN. ¿Qué veo?
(Confuso, tratando de ocultar el billete.)

JULIAN. ¿No me esperabas?

MAN. ¡No tal!
(Cada vez más cortado.)

JULIAN. ¿Con quién hablabas?

MAN. (¡Qué enredo!)
No hablaba, señor, con nadie.

JULIAN. ¿No?

MAN. (Sacándolo.) ¡Contaba mi dinero,
y al ver crecer mis ahorros
me regocijaba!
JULIAN. ¡Bueno!
(¡No me inspira confianza!)
¿No vino nadie?
MAN. Vinieron
don Gabriel el señor cura,
y don Juan el señor médico;
el doctor se fué en seguida,
don Gabriel está aún adentro.
JULIAN. ¿Y la señorita?
MAN. Aún
no ha salido de su encierro;
debe ser que continúa
tan triste como...
JULIAN. ¡Silencio!
¿Quién te mete á interpretar
los pensamientos ajenos?
MAN. Señor... yo...
JULIAN. ¡Basta, te digo!
MAN. Don Gabriel viene... (Mirando por la izquierda.)
JULIAN. Me alegro:
retírate.
MAN. Si el señor
me dispensa...
JULIAN. Te dispenso;
cuida que en toda la noche
venga nadie á este aposento. (Sale Manuel.)

## ESCENA III

DON JULIAN; EL PADRE GABRIEL, por la izquierda.

JULIAN. Don Gabriel, ¿cómo tan tarde?
P. GAB. Pasé á ver á doña Berta,
(Saludándole y sentándose en el sofá.)
y me quedé unos momentos
sentado á su cabecera.
JULIAN. ¿Y cómo sigue?
P. GAB. Se agrava

cada día su dolencia;
dice que han pasado cosas
que por extremo la inquietan,
y que es un secreto...

JULIAN. Y grande;
mas con usted no hay reserva.
La mano de Margarita
pidió un joven de altas prendas...

P. GAB. Y usted...

JULIAN. ¡Don Gabriel, no pude
en tal acto concedérsela!...

P. GAB. Grave el motivo sería.

JULIAN. Mucho: un caso de conciencia;
que si él me trae un nombre honrado
y un título de nobleza,
sin que la mancha más leve
sus blasones obscurezca,
no ha de enlazar de su honor
la inmaculada pureza
á un nombre que lleva manchas
de sangre y de infamia eterna.

P. GAB. ¡Manchas de infamia y de sangre
en el apellido de ella!

JULIAN. Es la hija de un criminal
que deshonró una sentencia,
y aquella causa infamante
cayó sobre su cabeza.

P. GAB. ¡Y su nombre!...

JULIAN. En mi cariño
quise otro nombre ponerla,
para que no fuese esclava
del conjunto de unas letras.
(1) Vano poder de un sonido
que el viento en sus giros lleva;
nombre que, ocultando el suyo,
fué antifáz de su vergüenza (2).

P. GAB. Quizá maldiga á su padre...

JULIAN. Ni maldice, ni se queja;
sufre y llora avergonzada,
y en silencio siente y piensa.

P. GAB. ¡Y ella, resignada, olvida
sus amores, sus grandezas!

¡Es un ángel que ha venido
por milagro á nuestra tierra!

JULIAN. Sí; mas á seguir en casa
rotundamente se niega;
dice que su triste nombre
inficiona y envenena,
sin comprender que si parte,
si me olvida, si me deja,
podré decir que he perdido
el norte de mi existencia.

(Aparece Margarita por la derecha y se adelanta lentamente al proscenio.)

## ESCENA IV

DICHOS y MARGARITA

P. GAB. Y ella, ¿qué quiere?

JULIAN. Partir.

P. GAB. ¡No lo creo!

MARG. Es la verdad;
dejar á la sociedad
su manera de sentir;
olvidarme del desvelo
conque el alma sufre y yerra;
fijar mi planta en la tierra
y mis ojos en el cielo;
correr la senda segura
que va á la eternal mansión,
donde no existe borrón
si la conciencia está pura;
y pagar la pena quiero
por un ajeno pecado,
redimiendo *su pasado*
con *mi porvenir entero*...

P. GAB. ¡Criatura angelical,
en que un alma pura anida,
cual bella flor contenida
en un vaso de cristal!
¿La llama el convento?

MARG. ¡Sí!

JULIAN. Pero entonces... Rafael...
MARG. ¡Queda el mundo en su dintel
y le separa de mí!
JULIAN. ¡Locura sin duda ha sido
la que tu mente ilusiona!
MARG. La sociedad me abandona
al escuchar mi apellido.
P. GAB. Mas aún puede haber consuelo
que mitigue su dolor...
MARG. ¡Sobre el fuego de mi amor
cayeron montes de hielo!
JULIAN. Lo que tu pesar motiva
se olvida con el trabajo.
MARG. Me desprecian aquí abajo,
y elijo esposo allá arriba!
Me arroja el mundo inclemente...
hace bien, yo á Dios me acojo,
que Él, ni siente falso enojo,
ni abandona al inocente.
P. GAB. Mas esas gloriosas palmas...
MARG. ¡Dejo un amor terrenal
por un afecto inmortal
y eterno como las almas!
JULIAN. Fatal es tu obcecación.
P. GAB. Margarita, lo que siente
medítelo largamente. (Despidiéndose de ella.)
MARG. Es ya una resolución.
JULIAN. (No puedo calmar su afán,
(Aparte al Padre.)
ni disuadirla; ¡ay de mí!)
P. GAB. (Si es su vocación así,
que la cumpla, don Julián.)
(Sale por el foro. Pausa larga.)

## ESCENA V

MARGARITA, sola.

¡Sola! Quiero desatar
cuanto nos une á los dos;
debe el alma libre estar

para consagrarse á Dios.
(Se sienta en el sofá junto á la chimenea y saca un paquete de cartas.)
Cartas en las que se agita
el alma de Rafael;
ésta dice: «Señorita ..»
¡Al fuego el primer papel!
Tú encendiste con tus galas
en mí un fuego abrasador;
justo es quemarte las alas
mensajera del amor. (Lo echa al fuego.)
En esta me habla de usté,
mas con pasión inaudita... (Lo mismo.)
¡y aquí jura eterna fe
á su amada Margarita! (Igual.)
En esta otra me tutea
y me manda sus cabellos...
¡al fuego irán!... mas que sea
mis labios posando en ellos.
Un beso, sí, que ninguno
de ellos volverá jamás...
¿sólo un beso?... es poco uno,
¡tomad otro!... ¡y otro más!
(1) ¡Negros cabellos que luégo
en humo huiréis lentamente;
si nacísteis sobre el fuego
que circula por su frente,
perdonad que os mire arder
conteniendo mi dolor,
ya que me es preciso hacer
mi testamento de amor!
(La arroja á la chimenea.)
¡Lágrimas, corred sin calma;
quedad en el pliego impresas...
son... las cenizas de un alma
que se escapa hecha pavesas! (2).
¡Perdón, si instintivamente
leo antes de darte al fuego,
quiero grabar en mi mente
las palabras de este pliego!
(Lee.) «Mi adorada Margarita:
»desde que huí de tu lado,

»ni un momento se ha apartado
»tu amada sombra de mí:
»¡y delirando mi oído
»con los ecos de tu acento,
»hasta el suspiro del viento
»lleva tu nombre hacia aquí!
» (1) Mi cuerpo, mi vida, mi alma,
»se someten á esta prueba,
»ángel divino que lleva
»por nombre propio una flor;
»quizá eres planta nacida
»en el vergel de mi mente,
»á quien mecen dulcemente
»auras del primer amor» (2).
¡Oh, basta, papel impío,
al fuego también irás...
no; es el último, ¡Dios mío...
otra página no más!
«En tí se encierra mi gloria,
»en tí mi bien he cifrado;
»en vivir encadenado
»á tus piés por el amor;
»tú, que como luz espléndida
»y como faro divino,
»iluminas mi camino
»con radiante resplandor.
»Mensajera de mi dicha
»sueño que forma real toma,
»cuyo aliento es el aroma
»que se exhala del clavel;
»haz que vuele un pensamiento
»de tu frente desprendido
»á posarse en el oído
»de tu esclavo Rafael.»
¿Cómo involuntariamente
(Rafael aparece en el foro y en él escucha.)
hasta el final te leí?...
¿Por qué enciendes nuevamente
un volcán dentro de mí?...
Átomo de una pasión,
al fuego también irás.
Oh! no; no puedo, perdón;

¡cada día le amo más! (Cae de rodillas.)

## ESCENA VI

DICHA y RAFAEL

RAFAEL. Tus pensamientos infieles (Levantándola.)
quieres apartar de mí...
¿Qué te han hecho esos papeles
para tratarlos así?
Sufres horrible dolor;
imploras fingidas palmas,
¡cuándo Dios creó el amor
para engalanar las almas!
(1) ¿No ves cómo adorna el mundo
sembrando en sus campos flores,
y á éstas con saber profundo
las pinta de mil colores?
Y en su infinita clemencia
tras de aquel don concedido,
vierte en su cáliz la esencia
conque embelesa el sentido.
¿No ves cómo al sol le ha dado
sus rayos de luz ardiente,
como adorno consagrado
para engalanar su frente?
¿No ves cómo al ver el mar
envuelto en velas de bruma,
quiso su anchura adornar
y le dió perlas y espuma?
Pues así vió al hombre hecho,
y por misterioso don,
para adorno de su pecho
puso en él un corazón.
Y compensó sus dolores
con la facultad de amar;
¡Él, que dió aroma á las flores,
luz al sol y espuma al mar! (2)

MARG. ¿Por qué, Rafael adorado,
gozas viéndome sufrir?...
Si el Creador nos ha dado

la facultad de sentir;
tú olvidas con loco empeño
que si esto es sólo soñar,
cuanto más dulce es el sueño,
más triste es el despertar.

RAFAEL. Te he de vencer...

MARG. Soy mujer;
¿no sabes mi vocación?

RAFAEL. Yo sólo puedo saber
que es mío tu corazón.

MARG. ¡Oh, calla, calla, hombre impío,
viva imagen del pecado!...

RAFAEL. Yo reclamo lo que es mío,
mío, porque lo he ganado.

MARG. (1) ¿No sabes que mi alma incierta
no comprende tus razones?...

RAFAEL. Llamó mi amor á su puerta
y despertó sus pasiones.
Y tu hermosura cambiada
hendió el aire poderosa,
cual crisálida trocada
en brillante mariposa.

MARG. Permíteme que te riña
por tal modo de vencer...

RAFAEL. ¡Tú eras tan sólo una niña
y por mí fuiste mujer!

MARG. Mas entonces mi conciencia
no ambicionaba el amor...

RAFAEL. Era... ¡una flor sin esencia
y un gran cuadro sin color!

MARG. ¿Y tú fuiste, según dices,
quien puso en mi su pincel?
¿Por qué tan tristes matices
diste á mi alma, Rafael? (2)

RAFAEL. Sígueme pronto...

MARG. No; escucha.

RAFAEL. ¡Ven!

MARG. ¿Mi voz no te convence?
Si es imposible...

RAFAEL. ¡Se lucha!

MARG. Y si es horrible...

RAFAEL. ¡Se vence!

Un coche abajo te espera,
conmigo segura vas
y se lanza á la carrera
dejando á Madrid detrás.
Adonde mi amor te siga
por labrar mis ilusiones,
habrá un cura que bendiga
la unión de dos corazones.
Ni me espanta la distancia
ni hallarme contigo solo;
iremos á Rusia, á Francia,
ó á los confines del Polo.
Y en las playas extranjeras
por mi amor que tanto alabo,
tú harás de mí ¡lo que quieras,
un esposo ó un esclavo!
Y donde mandes me espero,
y á donde ordenes te sigo;—
¿qué me importa el mundo entero,
si llevo un edén contigo?

MARG. No, no; Rafael, imposible;
¡tu voz que fué angelical,
tiene hoy un poder horrible
como la atracción del mal!
Querrías que te siguiera,
víctima de esa atracción,
para que el mundo dijera:
«es digna de tal borrón.»
Ese mundo que ha ultrajado
al sér que más veneré,
el mismo que me ha quitado
el honor que tanto amé...
Quieres llevarme insegura,
con una eterna inquietud...
¿Amas en mí la hermosura,
ó amas tal vez mi virtud?
(1) Si es mi virtud lo que quieres,
déjala vivir, pues te ama:
¿qué les queda á las mujeres
si pierden su buena fama? (2).
Mas si al cabo me convenzo
de que amas mi imagen fría...

¡huye de mí, me avergüenzo
de haberte amado ni un día!

RAFAEL. ¡Te amo de un modo fatal!

MARG. ¿No sabes que entre los dos
se ha interpuesto tu rival?
¡Mira aquí su imagen!
(Le enseña un medallón.)

RAFAEL. ¡Dios!
No, imposible; mi inquietud
no deja á mi alma insegura;
¡ni sé si amo tu virtud
ó si adoro tu hermosura!
¡Sé que es inmenso mi amor!
¡Sígueme!

MARG. ¡No!

RAFAEL. Te lo pido.
¿Quién te lo estorba?

MARG. ¡Mi honor!

RAFAEL. ¿No dices que lo has perdido?

MARG. Es... el honor personal
que vive dentro de mí,
es... ese don especial
por quien tanto combatí.
Pues la sociedad cruel
me arrancará lo que pueda;
¡quiero refugiarme en él,
único bien que me queda!
¡A mi sino desdichado
sólo este bien se le alcanza;
¿y has de ser tú, dueño amado,
quien me quite la esperanza?
Por lo mucho que te amé
con inmensa ceguedad,
¡pido á cambio de mi fe
un poco de caridad! (Suplicante)

RAFAEL. De un juramento te olvidas
que quebrantar no podemos,
y él ligará nuestras vidas
mientras los dos respiremos.
Juraste amarme, y en vano
hoy te quieres desligar;
¡que no habrá poder humano

que nos pueda desatar!

MARG. ¡Cuando hice mi juramento
no hubo altar entre los dos!

RAFAEL. ¿No estaba allí el firmamento,
altar eterno de Dios?
(Transición: con creciente entusiasmo.)
Junta nuestra vida ansiosa
recorrerá su camino,
por la senda misteriosa
que trace nuestro destino.
(1) Juntas irán nuestras palmas
siguiendo una misma suerte;
juntas volarán dos almas
á la regióu de la muerte.
Juntas tenderán el vuelo
por pasos inaccesibles;
juntas rozarán el cielo
con sus alas invisibles (2).
Ven, más no puedo esperar;
tu honor es farsa engañosa,
quiero tu hogar en mi hogar,
quiero mi fosa en tu fosa.
Y al nacer la nueva luz
para unir más nuestros lazos,
quiero... ¡que una sola cruz
nos tenga bajo sus brazos!

MARG. Aunque es débil la mujer
para defender su honor,
siempre encontrará en su sér
una chispa de valor.
Si no entendiste la historia
que escribió en sangre mi padre,
rogará por la memoria
venerada de mi madre.
Tú aún la tienes... con vehemencia
ama en tí su niño hermoso;
ella formó tu conciencia
queriendo hacerte dichoso.
Ella es la santa querida
que te adora en dulce calma;
te dió trozos de su vida
y pedazós de su alma.

(1) Y de amor su pecho lleno,
cuando tu razón formó,
puso en ella... ¡lo más bueno,
lo más santo que encontró!
¿Es que no escuchas cruel
el acento maternal?
¿no la atiendes, Rafael,
no te dice que obras mal?
No busco razón ninguna;
hay con esta con exceso;
por la que meció tu cuna
y aún guarda tu primer beso;
por quien despreciando agravios
supo poner diligente
una oración en tus labios
y un pensamiento en tu frente (2).
Sigue de su huella en pos,
y escucha su acento fiel,
que su voz y la de Dios
nunca miente, Rafael.

RAFAEL. ¡Oh!

MARG. Déjame que me asombre
si no entiendes tal verdad.

RAFAEL. Mas...

MARG. ¡Nos separan tu nombre,
el mío y la sociedad!

RAFAEL. (Con acento de profundo sarcasmo y desesperación creciente, en todo el siguiente parlamento.)
¡Te causo un horror profundo;
te parece esto un pecado,
y le das al Rey del mundo
lo que el mundo ha despreciado!
¡Quieres fingir cuando imploras,
quieres que te crea á tí;
quieres jurar que á Él adoras,
y amarme en secreto á mí!
¡Vas á mentir de ese modo,
y en vano vas á jurar;
coges lo que está en el lodo
y lo llevas al altar!
¡Con máscara de falsía,
pretendes ganar la gloria

rezando á la imagen mía,
viviendo con mi memoria;
y cada vez que tu vuelo
trates de alzar con cinismo,
en vez de elevarte al cielo
te hundirás en el abismo;
y cuando busques reposo
en el Dios que te acogió,
volará el divino esposo
y quedaré siempre yo!
Mientras mi amor que se agita
es un amor condenado...
¿dime, díme, Margarita,
dónde está el mayor pecado?

## ESCENA VII

DICHOS; DON JULIÁN, por el foro.

JULIAN. ¡Já, já! Bien dicho y bien hecho.
(Con profunda ironía y reconcentrado furor.)
¡Para amar no empieza mal,
y va el engaño en su pecho
de purísimo cristal!
Amor digno de los dos,
de las almas de ella y él;
finge consagrarse á Dios
y escapa con Rafael.
(Á Rafael.) Llévela á un país lejano
donde no haya gente honrada;
que nadie tienda una mano
para su mano manchada;
porque, según mi opinión,
no podrá ocultar sus penas,
que su mala condición
va en la sangre de sus venas...
¿Es que les he interrumpido?
¿Me toman por un tirano?
¿No deja el ave su nido
buscando un árbol lejano?
¿Qué, les turban mis mercedes,

ó por qué les sorprendí?
¡No se detengan ustedes... (Con explosión.)
no se detengan por mí!

RAFAEL. Creyó usted que mi paciencia
le iba á dejar que insultara
á la más pura inocencia,
frente á frente y cara á cara...
¿Por qué si tanto te asombra
sigues á un angel del cielo,
si con tus alas de sombra
no puedes dejar el suelo?
Si eres mísero gusano
que ni aun ve el sol peregrino,
si eres un mónstruo en lo humano,
¿por qué juzgas lo divino?
Sé bien yo, que soy su escudo;
y ya ves... te oigo con calma:
¡nunca la materia pudo
darle lecciones al alma!
Si la grandeza del hecho
en tu furor no comprendes,
¡alza un altar en tu pecho
y admira lo que no entiendes!
Pobre reptil venenoso,
ni aun mirarte me dignè;
¡puede mi sér poderoso
aplastarte con el piè!

JULIAN. ¡Oh, casi te igualas á *ella*
con ese amor criminal;
os une del mal la estrella,
y sois ya tal para cual!
La viste tú, honrado y probo;
por robarla eres ladrón;
amor que empieza por robo,
¿cuál será su conclusión?

MARG. ¡Oh, basta!

JULIAN. Amor criminal,
muy digno de tal hazaña.

RAFAEL. ¡Cuidado que es de cristal,
y hasta una duda lo empaña!
¡Ay, del que su brillo dañe!
¡Ay, del que la cause enojos

y con lágrimas empañe
el espejo de sus ojos!

MARG. Para tí, Rafael, ha sido
del alma el primer reflejo,
y siempre, mi bien querido,
vas pintado en el espejo.
¡No temas jamás que en él
luzca otra imagen igual,
que existirás, Rafael,
mientras dure mi cristal!

RAFAEL. ¡Bendito el altar amante
en que yo supe ponerte,
y bendito el dulce instante
en que puedo defenderte!
¡Paso!

JULIAN. ¡Te digo que no!

RAFAEL. ¡Es mi esposa!

JULIAN. ¡Yo lo dudo!

RAFAEL. Yo contra tí, soy su escudo,
su defensa ..

## ESCENA ÚLTIMA

### DICHOS y BERTA

BERTA. ¡Basto yo!

JULIAN. ¡Tú!

BERTA. No sigas, Margarita,
de don Julián la fe impura,
ni el delirio en que se agita
Rafael con su locura.
¡Oh, contra usted la defiende (Á don Julián.)
su falta total de amor,
y contra usted, si la ofende, (A Rafael.)
la defenderá su honor!
¡No le temo á usté ni á usté,
porque te conozco á tí,
y sé cómo te eduqué,
pues casi tu madre fuí.
Ven, estréchame muy fuerte
y aprieta más nuestros lazos;

estás unida á la muerte
y te protegen sus brazos!

JULIAN. ¡Óyeme á mí, por piedad!

RAFAEL. ¡Loca está!

JULIAN. ¡Su afán delira!

BERTA. No; que pone á la verdad
un pedestal de mentira.

RAFAEL. ¿Y me dejarás que implore?
El amor no compromete.

BERTA. ¡No, que aquel que más te adore
será el que más te respete!

MARG. ¿Y si su amor oportuno
es tal vez mi salvación?

BERTA. ¡El deber es sólo uno
y no admite dilación!
¡Sal, Margarita!

MARG. ¿Y él?

BERTA. Vete por allí te digo .. (Señala la derecha.)
Por allí usted, Rafael. (Id. la izquierda.)
Pausa. Sentándose é indicando a don Julián que la imite.)
¡Y usted... con Dios y conmigo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

# ACTO TERCERO

## PRIMERA PARTE

Despacho en casa del padre Gabriel; puerta al foro y dos á derecha é izquierda: en primer término, balcón. La mesa, el sillón, la librería y todos los muebles de un gusto elegante, pero severo. Un cuadro que representa un crucifijo; debajo, á la altura de la mano, una panoplia con pistolas, espadas, etc.

## ESCENA PRIMERA

EL PADRE GABRIEL, sentado ante su mesa con un libro abierto delante y en actitud reflexiva: después MARGARITA, con traje negro y el manto echado por la cara.

P. GAB. Santa Teresa en la ciencia
sublime conque vivía,
sólo en la muerte veía
el albor de otra existencia,
y en ella anhelaba entrar...
¿Qué es esto?... ruído se siente.
(Aparece Margarita.)

¿Quién es?

MARG. Una penitente.

P. GAB. ¿Y qué quiere?

MARG. Confesar.

P. GAB. ¿Confesar?... Mucho lo siento;
mas va declinando el día,
y ni este es sitio, hija mía,
ni es oportuno el momento.

MARG. No tengo tiempo ni calma;
¡padre, padre, por favor,
yo no busco un confesor
busco un amigo del alma! (Pausa.)
(Transición.) Ayer tenía un hogar
y un amor correspondido;
hoy ya todo lo he perdido,
¡hasta el derecho de amar!
Fortuna y honrados nombres;
la admiración de otros seres,
la amistad de las mujeres
y el respeto de los hombres.
Hoy... sólo quedan despojos
de quien ayer era tanto,
nube que deshecha en llanto
se me escapa por los ojos.

P. GAB. Ven, ven; ya te conocí.
(Levantándola el velo y sentándola.)
Si por mi mano bendita...

MARG. ¿Quién otra que Margarita
pudiera llorar así?

P. GAB. Déjame al fin que me asombre;
¿qué motiva tu quebranto?
¿por qué viertes ese llanto,
porque mancharon tu nombre?

MARG. Sí; para toda la vida.

P. GAB. Pues si has de vivir manchada,
vale más *mancha heredada*,
que mancha por tí adquirida.
(Transición.) No te admire lo que veas
ni lo que escuches decir,
y deja al mundo vivir
esclavo de sus ideas.
Es esclavitud de reyes

que ni revuelvo ni alabo,
se cree rey, y es un esclavo
de sus tiránicas leyes.
¿Quién va á una flor á tachar
si es jaspeada su belleza,
cuando es la Naturaleza
la que la quiso pintar?
¿Dónde más puro el crisol
que el que fundó al astro rey?
¡Y por una oculta ley
salió con manchas el sol!

MARG. No me devuelven la calma
sus palabras, padre mío,
que es mi dolor tan impío,
que no da treguas al alma.

P. GAB. Exageras, Margarita.

MARG. ¿Qué sabe usted, don Gabriel,
el alma que en Rafael
se alza y rugiendo se agita?

P. GAB. ¿Y por qué lo he de ignorar?...
Oye, y que tu error se note:
yo, antes de ser sacerdote,
fuí, hija mía, militar;
y porque mi falsa gloria
me recuerde que he pecado,
esa panoplia ha guardado
de aquellos días la historia.
Abjuré mi error profundo
por el que tanto te alarmas,
y vine á rendir mis armas
á los piés del Rey del mundo.

MARG. Mas ya olvidó la pasión
con su hábito venerable,
como coraza infranqueable
que protege al corazón.

P. GAB. ¿Y no es nada la experiencia?
Tanto y tanto penitente
que me mostró francamente
el fondo de su conciencia;
tanto deber olvidado,
tanta herida descarnada,
tanta virtud despeñada

al abismo del pecado;
tanto grito de dolor
que va en confuso tropel,
envuelto en falso oropel
á los piés del confesor;
tanta maldad como encuentro
á mi paso por doquiera,
todo grandeza por fuera,
todo miseria por dentro.
Allí pierde la alta dama
de su renombre el tesoro;
allí caen las alas de oro
que sostienen á la fama.
Y, en fin; allí está, hija mía,
el punto de observación
donde se ve el corazón
libre de engaño y falsía;
y el mundo entero en completa
y engañosa mascarada,
va á mi ventana enrejada
á quitarse la careta.

MARG. Sí, es verdad; en teoría,
usted sabe más que yo,
pero en la práctica, no,
porque no va con el día.

P. GAB. ¿Y en un convento ha de haber
cura á un pesar tan profundo?

MARG. ¡Para ser útil al mundo
libre necesito ser!
Y pues fuí en mi tierna edad
por *caridad* recogida,
quiero consagrar mi vida
entera á la *caridad*.

P. GAB. ¡Yo lo apruebo!

MARG. ¡Ah, don Gabriel!

P. GAB. Sigue, pues, tu vocación,
yo haré hoy tu presentación.
¿Quién se acerca?

MARG. (Mirando por el balcón.) ¡Ah, Rafael!
¡Quiero verle!

P. GAB. ¿Y el convento?

MARG. Decirle adiós nada más...

(Suplicante y sollozando.)
P. Gab. ¡No, Margarita, jamás!
Marg. ¡Padre!
P. Gab. ¡Pasa á ese aposento!

## ESCENA II

EL PADRE GABRIEL y RAFAEL

P. Gab. Caballero, ¿qué me quiere?
Rafael. Quiero... hablar al sacerdote;
al que sigue, aunque de lejos,
el vaivén de las pasiones,
y al que aunque viste ese traje
es lo mismo que yo, ¡un hombre!
P. Gab. ¿Qué es lo que de mí desea?
Rafael. Sé que usté una niña esconde,
y no creo que mintiendo
sus blancas canas deshonre.
P. Gab. Nunca traté de ocultarla;
bajo mi amparo se pone
y en mi casa está segura...
Rafael. ¡Yo la reclamo!
P. Gab. No, Conde;
yo pongo en duda el derecho
conque á sus planes se opone.
Rafael. ¿Derecho? El mismo que usted;
el que tiene cualquier hombre
para sacar una perla
de la concha que la esconde.
Conque si no hay otras armas...
P. Gab. ¡Yo combato con razones!
Rafael. Padre... perdón si desóigo
de mi conciencia las voces;
si ofendí ese ministerio,
que hoy mi razón desconoce;
(1) que cuando el alma se anega
en el mar de sus pasiones
y forma rugientes olas
con su llanto y sus dolores,
le basta una sola lágrima

para hacer que se desborde (2).

P. Gab. Bien adivino, hijo mío,
su pesar, sus sinsabores:
mas tal vez corriendo el tiempo.
doctor de esas afecciones,
su herida se cicatrice
y su memoria lo borre.

Rafael. ¡Olvidarla con la ausencia!...
¡Padre, usted no me conoce!

P. Gab. Su resolución es firme.

Rafael. ¡Las mías son aún mejores!
Tengo una madre que adoro,
se opuso á mis puros goces,
y aún no hace, padre, una hora
que desoyendo razones,
sacrifiqué su amor santo
á mi amor de los amores.

P. Gab. ¡Oh, preferirla á una madre!...

Rafael. ¡Quién al mar diques le opone!

P. Gab. ¡Ya no tiene un nombre honrado!

Rafael. ¿Para qué quiero su nombre?

P. Gab. ¡Le hace falta un apellido!...

Rafael. ¡Yo le traigo mis blasones!

P. Gab. ¡Su humilde cuna la aleja
de tan altos esplendores!...

Rafael. ¡Aristócrata es su alma
y su corazón es noble!

P. Gab. ¡No creí que un hombre cuerdo
defendiese sin razones!

Rafael. Ni yo que hablase el orgullo
por boca de un sacerdote.

## ESCENA III

DICHOS y MARGARITA

Marg. ¡Rafael, Rafael; Dios lo ha querido,
pues que á verte, mi bien, al cabo vuelvo!

P. Gab. ¡O el demonio con pérfida asechanza
quiere tus pasos apartar del cielo!

Rafael. Fuere quien fuere, poco importa el nombre;

pues que á juntarnos vuelve aquí de nuevo,
recorramos unidos nuestra vida
enlazados en dulce juramento,
y que vengan después á separarnos
ni mi madre, ni usted, ni el mundo entero.

P. Gab. ¡Con la atracción del mal, vais al abismo!

Rafael. ¡Ella le llama Dios, usted averno,
y yo le llamo lisa y llanamente
el destino que impulsa mis deseos!
Y pues todo un infierno *acá* en el mundo
si de tí me saparo, pasar debo,
entre los dos infiernos que me cercan,
opto por el de *allá* que es más incierto.

Marg. ¡Sí, Rafael, para tí mi vida toda,
sin duda por el sino está dispuesto!
Cuando quiero fijar mi ansiosa vista
en las tapias sombrías de un convento,
en las ráfagas húmedas del aire
que hoy me acaricia con su casto beso,
creeré sentir sobre mis puras tocas
el abrasado fuego de tu aliento.
Y si en la cruz fijando mis miradas
la paz del alma busco con mis rezos,
se borra del altar la santa imagen
y en su lugar tu rostro siempre veo.
Y cuando sus acordes mezcla el órgano
de religiosos cantos con el eco
y entre nubes de incienso va el espíritu
llenando de armonía todo el templo,
para mí forma cántico de amores
en el que escucho tu adorado acento.
(1) Entre las hojas del devocionario
amor, amor, á donde miro leo
y volar quiero á donde tú te encuentres,
pues para resistir fuerzas no tengo,
¡como desde la tumba á tí volaran
con alas de cristal mis pensamientos! (2)

P. Gab. No, Margarita; ¡ese es delirio insano!

Rafael. ¡Elige, Margarita; elige presto!
Yo por seguir tus huellas adoradas
dejé mi madre y el hogar paterno;
díme si el sacrificio no merece

que dejes una idea y un convento.
Allí encerrada entre sus cuatro muros
en mí pensando, vivirás muriendo;
y si á curar enfermos te dedicas,
cúrame á mí, que estoy del alma enfermo.
¡Si me sigues, vendrán con el olvido
el perdón, el cariño y el respeto,
y útil á tí, y útil á mí y al mundo,
de la familia el santo amor sintiendo,
podrás rezar también, mi Margarita,
con frases de sublime arrobamiento,
sin libro que te dicte tus palabras
que volarán sin mancha ni tropiezo,
teniendo por altar la tierra toda,
inmensa creación y eterno templo!

MARG. Te sigo, Rafael; soy toda tuya;
cesó la duda de rasgar mi pecho.

P. GAB. ¡Como siempre que elige la materia,
funda en engaños sus falaces sueños!
Sí; corre, Margarita, y cuando un día
se alce una voz que con furor rugiendo
desde la eternidad traiga á tu mente
de tu niñéz los últimos recuerdos,
no dudes, no, que sea de tu padre,
que en tu virtud fundando su remedio,
aún espera en el fondo de su tumba
que ante la sociedad borres sus yerros
y que le abras las puertas de la gloria
con tus plegarias y tus puros rezos.
¡Y en vez de redención, nuevos pecados
sobre su crimen tú le irás vertiendo,
y cuando el soplo de tu vida cese,
cerrado para siempre estará el cielo!
¡Corre, no te detengas, Margarita,
sus puertas para tí ya abrió el infierno!

MARG. ¡Oh, piedad! de esta lucha tan horrible,
¿á cual de estos dos hombres creer debo?
¿dónde está la verdad que asi se esconde?
¿quién de los dos es el que está mintiendo?

RAFAEL. ¿La verdad? ¡No la busques, Margarita,
no es del mundo: mas ven!

MARG. Seguir no puedo.

P. Gab. Así, así, Margarita; vence al cabo;
¡yo te bendigo!
Marg. (Con supremo esfuerzo.) ¡Vamos, vamos presto!
Rafael. ¡Margarita; me matas y me pierdes!
Marg. Sé fuerte como yo, ve mi tormento.
P. Gab. ¡Ven!
Marg. ¡Adiós para siempre!
Rafael. ¡He de mirarte!
Marg. ¡Más valdrá que jamás nos encontremos!
Rafael. ¡Te amo!
Marg. (Con explosión.)
¡Yo á tí también!
Rafael. (Sollozando.) ¡Ah! ¡Margarita!
Marg. ¡Adiós, adios, Rafael; me espera el cielo!

## ESCENA IV

RAFAEL, solo.

Se fué; se fué; No, no; ¡si no es posible!
¡Si lo veo, Dios santo, y no lo creo!
¡Si es tan horrible la verdad que toco,
que á creerla se niega el pensamiento!
¿Por qué, ¡ay de mí! esta verdad buscada
de inverosimil toma el denso velo
y sus contornos muestra tan veladas
cual del delirio el misterioso engendro?
¿Será verdad que nunca debo verla?
Que nunca oiré su voz; ¿será eso cierto?
(1) ¡Ya no veré mi faz cual se pintaba,
en sus ojos divinos y serenos
como si el sino para mí crease
en vez de uno, dos hermosos cielos;
y como baña el sol sus rayos de oro
desde el diáfano azul del firmamento
en la flotante espuma de ancho lago
retratando su faz líquido espejo!
Ya nunca más veré por mí dos lágrimas
temblando resbalar hasta su cuello,
como en la flor la gota del rocío,
como en el mar las perlas de su seno.

Ya no veré su imagen vaporosa
como el hada ideal de un puro ensueño,
que estremece al contacto de su mano
de blanca nieve y ardoroso fuego (2).
¿Y eres tú, *la verdad*, quien me lo dice?
¡No te canses, tú mientes, no te creo!...
(Cae abatido en un sillón.)
(1) Yo admiraré de nuevo sus encantos,
yo de su corazón soy siempre dueño,
yo no he de consentir que se marchiten
las dos rosas de aquel rostro hechicero.
¡Pero entre tanto, lágrimas del alma,
abrasadme la faz con vuestro fuego!
Llorar no es cobardía que denigre;
llorar es la expresión del sentimiento;
quiero un instante reposar en calma,
mientras sus negras alas bate el sueño (2).

## ESCENA V

DICHO; después de una pausa, LA CONDESA por el foro.

COND. ¡Aquí está! Inerte, vencido
al peso de sus dolores;
¿si mi orgullo y sus amores
de muerte le habrán herido?
Hijo adorado, ¡perdón!
(Le besa apasionadamente en la frente.)
RAFAEL. ¡Perdón, madre, para mí
que al olvido tu amor dí
en mi insensata pasión! (Abrazándola.)
COND. Te condené á mi abandono...
RAFAEL. Yo en dejarte fuí el primero
y á tus brazos volver quiero.
¿Me perdonas?
COND. ¡Te perdono!
(1) Aunque tu amor no me cuadre
y aunque dejarte pensé,
díme si olvidar podré
que soy tu dichosa madre (2).
RAFAEL. ¿Tu razón su error advierte?

¿Será verdad que desprecias
las preocupaciones necias
que el mundo en leyes convierte?
¿Ves del error los excesos
y confías, madre, en mí
que una hija digna escogí
de tu nombre y de tus besos?
Pues es tan santa, tan pura,
que si este enlace pretende,
ella es la que á mí desciende;
yo soy quien sube á su altura.
(1) Alto pedestal de gloria
sobre el que alzarse la veo;
inmarchitable trofeo
símbolo de la victoria (2).
Y aún me honra, madre querida;
que si es mi honor heredado,
el suyo es honor ganado
en las lides de la vida.
(1) Iris de radiante luz,
cruz que coloca en su pecho
el mundo, por el solo hecho
de saber llevar su cruz (2).
Madre, calma su dolor
y dale, como te pido,
para escudo, mi apellido
(Arrodillándose y tomándola la mano.)
para consuelo, tu amor.

COND. La sociedad, ¿qué diría?
Alza, hijo mío, del suelo, (Levantándole.)
no puedo darte un consuelo
que el mundo condenaría.
Por ceder á tus pasiones
ni el nombre que llevo yo,
ni el que tu padre nos dió
será escarnio en los salones.
La mancha de otro apellido
no me hará bajar la cara,
ni nuestra sangre preclara
se unirá á la de un bandido.

RAFAEL. Tronchas el tierno capullo
de su purísimo amor,

y llamas ley de tu honor
á lo que es ley de tu orgullo.
No; no me doy por vencido...

COND. Pues estás luchando en vano.

RAFAEL. Tiende tu potente mano
y alza piadosa al caído.

COND. No la alzaré de los suelos
sin oir murmuraciones...

RAFAEL. Busca honor en tus acciones,
no en tus pasados abuelos.

COND. Mancha de sombra y negrura
su padre dejó en su frente...

RAFAEL. ¿Qué me importa á mí la fuente
si el agua que bebo es pura?
(1) La ví candorosa y bella,
dile palabra de esposo;
por tu orgullo caprichoso,
¿debo yo faltar á ella?

COND. Los hombres no son perfectos.

RAFAEL. Pues si ellos quieren errar,
alguien, madre, ha de empezar
á quitarles sus defectos (2).

COND. ¿Será tan triste tu sino
que manches nuestro blasón?

RAFAEL. ¿Tendrás, madre, el corazón
envuelto en un pergamino?

COND. Tu honor, para mí sagrado,
este sacrificio pide...

RAFAEL. ¡Maldita honra, que me impide
portarme como hombre honrado!

COND. Tus locuras desapruebo
y tu pena he preferido.

RAFAEL. Entonces, ¿á qué has venido?
¿á qué me buscas de nuevo?

COND. Te traigo el perdón, cruel,
y á tus caprichos me inmolo;
¡vengo á buscarte á tí solo,
siempre solo, Rafael!
¡Sin esa odiosa pasión,
de la que airada reniego,
y que es serpiente de fuego
que te abrasa el corazón!

RAFAEL. Tú causas los males suyos
y me traes nuevos enojos...
COND. ¡Traigo, Rafael... mis dos ojos,
á que lloren con los tuyos!
Díme, hijo, si quieres más
que unir al tuyo mi llanto.
RAFAEL. ¡Oh, madre, si me amas tanto,
*consiente* en *ello*!...
COND. ¡Jamás!
RAFAEL. ¡Adiós, pues!
COND. ¡Oh! ni aun te explicas
este dolor tan profundo:
¡sola!... (Dirigiéndose lentamente al foro.)
RAFAEL. ¡No; te queda el mundo
por el que me sacrificas!
COND. (Desde el foro.)
¡Con el mundo viviré,
mas siempre lejos de tí!...
RAFAEL. ¡Si le aprecias más que á mí!
COND. (Yendo hacia él con explosión.)
¡Rafael! (Conteniéndose y saliendo rápidamente.)
¡Adiós!
RAFAEL. ¡Se fué!
De su orgullo en el exceso
en la soledad se agita...
¡Más sola está Margarita,
que no le queda ni aun eso! (Pausa.)

## ESCENA VI

RAFAEL y DON JULIAN

JULIAN. (Dentro.) ¡Mi Margarita!
RAFAEL. Ese acento...
JULIAN. (Saliendo.)
No; no está aquí...
RAFAEL. Se marchó.
JULIAN. ¿Y dónde fué en tal momento?
RAFAEL. Un cura se la llevó
á encerrarla en un convento.
JULIAN. ¿Sabiendo que la adoraba

esclavo de su hermosura
me deja?...

RAFAEL. ¿Y usted la amaba
manchada?

JULIAN. ¡Porque lo estaba,
tal vez sentí más locura!

RAFAEL. ¿Y á pesar de lo que oí,
de la historia que contó,
su rival odioso fuí?...

JULIAN. ¡Sí; la eduqué para mí,
porque la quería yo!

RAFAEL. ¡Qué escucho!

JULIAN. ¡De amor la hablé;
me suplantó por usté,
me pintó su culto amante,
llegó usté en aquel instante
y en su dicha me vengué!
¡Y al ver su nombre manchado
gozaba en mi odio profundo;
yo por mí, la hubiera echado
todo el baldón del pecado,
todo el escarnio del mundo,
todo lo que es crimen, todo;
lo que más indigno es,
por contemplar de este modo
su orgullo envuelto en el lodo
como alfombra de mis piés!
(1) ¡Me vengó su nombre humano
de sus altivas pasiones,
fuí de su amor el tirano,
y al fin me quedé en la mano
con su amor hecho girones! (2)

RAFAEL. Y en su perversa intención,
¿qué consiguió usté alcanzar?

JULIAN. ¡Qne si es sorda á mi pasión,
nadie consiga reinar
dentro de su corazón!

RAFAEL. ¿Y los dos la hemos perdido?

JULIAN. Ello necesario ha sido.

RAFAEL. ¡Oh, pero yo aún lucharé!

JULIAN. ¡Yo juro que la veré,
porque para mí ha nacido!

(1) Buscaré medios ignotos,
sin respetar sus encierros,
y veré sus lazos rotos
aunque la guarden mil hierros,
aunque la liguen cien votos! (2).

RAFAEL. Pues mi fe no halla muralla,
ni vé lugares seguros;
la pasión que me avasalla,
que los más espesos muros
son á mi amor frágil valla.
¡Y es tan loca pretensión,
como atar el corazón
con débil lazo de estambre!
¡cómo encerrar á un león
en una jáula de alambre!
¡Juro que la he de sacar
aunque tenga que incendiar
el orbe para alcanzarla;
aunque tenga que arrancarla
de las gradas del altar!

JULIAN. ¿Y quiere llegar así
de su cariño al pináculo?

RAFAEL. ¡Oh, y he de lograrlo, sí!

JULIAN. Pero si el mayor obstáculo
está...

RAFAEL. ¿Dónde?

JULIAN. ¿Dónde? ¡En mí!
Y aunque en súplicas se explique
no habrá de ablandarme modo...

RAFAEL. ¡Que me postre yo y suplique!...
¿No ve usted que he roto el dique
y que estoy dispuesto á todo?

JULIAN. Ella fué la compañera
que con sus encantos dora
de mi alma la luz postrera...

RAFAEL. ¿Busca usted á la enferma,
ó á la mujer que le adora?
¡Lejos de la senectud,
yo busco su juventud
para unirla con la mía,
y pasar nuestra salud
en ráfagas de alegría!

¡Y pues quiere usted la guerra,
guerra habrá; también la anhelo;
mío es cuanto su alma encierra,
que contra ese amor de *tierra*
tengo aquí un amor de *cielo*!
(Golpeándose el pecho.)
¡Mas si de su alma la herida
no se cura en esta vida,
vamos la prueba buscando,
nueva sangre derramando
sobre la sangre vertida!

JULIAN. Pero esa temeridad
nada á mi dolor ahorra,
y es ilegal en verdad.

RAFAEL. ¡Las manchas de sangre borra
con sangre la sociedad!
¡Vamos al jardín y allí
cese esta lucha, que aquí
puede tener fin dichoso
y encontrar término honroso
para usted ó para mí!

JULIAN. Pero... ¿y armas?

RAFAEL. Es en vano;
el mal nos quiere ayudar,
y por misterioso arcano,
al alcance de la mano
nos las vino á colocar.
(Alcanza dos pistolas de la panoplia.)

JULIAN. (1) ¡Vamos, pues, del mal en pos,
y si allí te doy la muerte,
me vengaré de los dos!
(Tomando una de las pistolas.)

RAFAEL. Vamos, sí; ¡gracias á Dios
que hallo en usté un hombre fuerte!

JULIAN. Sin embargo, más valdría
por la propia conveniencia,
escoger el sitio y día...

RAFAEL. Tal exceso de prudencia
tiene un nombre: ¡cobardía!

JULIAN. ¡Oh, basta; más no tolero!

RAFAEL. Eso es lo que yo he buscado,
ver si el nombre es apropiado.

JULIAN. ¡Pues ni á usted, ni al mundo entero
tal insulto he tolerado!... (2)
Sin padrinos, es demencia...
RAFAEL. ¿Testigos? Yo llevo dos
á presenciar la pendencia;
¡El primer testigo, Dios;
y el segundo, mi conciencia!
(Sale furioso por el foro, después de hacer que le preceda don Julián. Gran pausa.)

## ESCENA VII

EL PADRE GABRIEL; después LA CONDESA

P. GAB. ¡Ninguno! Aquí no están.
Ah, sí; por el jardín van
(Corre al balcón y lo abre.)
á batirse—un duelo en él,—
¡calma, calma, Rafael!
No me escuchan: ¡don Julián!
(Se vuelve y mira la panoplia.)
Mis armas faltan de allí.
(Dirigiéndose al Cristo.)
¡Señor! ¿qué poder maldito
llevan las armas en sí,
que hasta amparadas por Tí
han de servir de delito?
¡Á los piés del Redentor
os coloqué y hoy os pierdo!
Desplómese vuestro horror,
guardadoras de un recuerdo;
así callaréis mejor! (Tira la panoplia.)
COND. Rafael, arrepentida
vengo el perdón á traerte.
P. GAB. ¡Señora!
COND. ¡Estoy decidida:
si una vez le he dado vida
no quiero hoy darle la muerte!
P. GAB. ¡Oh, cielo santo, qué idea!
(Corriendo los cortinajes del balcón y poniéndose delante.)

puede que su madre sea...

COND. Sí; ¡y á mi voz no responde,
y usted algo allí me esconde
que no quiere que yo vea!

P. GAB ¡Ya su alma triste y doliente
remedio buscando está
en el mal!

COND. (Separándole con violencia y precipitándose al balcón.)
¡Junto á la fuente,
por allí, por allí va,
con la expresión de un demente!

P. GAB. ¡Basta, Condesa, valor!
(Retirándola del balcón.)

COND. Perdón, hijo de mi vida,
te abandoné á tu dolor;
quiero franca esa salida.
(Al llegar á la puerta suena un tiro y cae de rodillas.)
¡Ah!

P. GAB. ¡Misericordia, Señor! (Pausa.)

## ESCENA VIII

DICHOS; RAFAEL en el foro, con la pistola en la mano y completamente fuera de sí; esta escena queda encomendada al talento del actor.

P. GAB. ¡Rafael!

COND. ¡Tú, hijo mío, sin heridas;
(Arrojándose en sus brazos.)
tú en mis brazos al fin, Dios mío; gracias!

RAFAEL. (Rechazándola con frialdad pero sin dureza.)
¡Llegué á este sitio, hallé á aquel hombre,
insultos fueron nuestras palabras,
sin duda el sino guió sus pasos
y hasta mi mano trajo esta arma!
Partió él delante; yo le seguía,
llegamos juntos á una enramada,
y aún osó entonces su lengua impura
manchar de un ángel la limpia fama.

La furia entonces hirvió en mis venas,
cual en el cráter la ardiente lava;
ví que extendia su negro brazo
y una luz viva me hirió en la cara.
Siguió el relámpago la voz del trueno,
junto á mi oído silbó una bala,
y el aire en sombra vibró un instante
estremeciendo sus densas capas.
Mas otro trueno sonó al unísono;
del rayo ardiente brotó otra llama,
y justiciero, desde mi mano
hundió su lumbre en su negra alma.

P. GAB. ¡Misericordia!

COND. ¿Tú... tú una muerte?
¡Dí que mentiste; dí que me engañas!

RAFAEL. ¡El pobre padre de Margarita
vertió una sangre que el mundo infama,
y con la suya el mismo mundo
en mar inmenso supo trocarla!
(1) Alzó rugiente su roja espuma,
y de aquella ola de eterna infamia,
cayó una gota, sello indeleble,
sobre su frente de nieve blanca.
Y ante mis ojos ya sus dominios
aquella gota tanto ensanchaba,
que el globo inmenso de nuestra tierra
cubrió de sangre la roja mancha (2).

COND. ¡Y sin testigos tú le has herido;
tú un asesino; tú!...

RAFAEL. ¡Madre, calla!
El mundo todo, según decías,
*por ser quien era* la despreciaba,
y en cambio estaba de mí orgulloso
por ser mi estirpe noble y preclara;
pues bien, desde ahora somos iguales;
nuestra corona está manchada,
toma más sangre, riega tu lodo;
¡sociedad necia, tu orgullo sacia!

COND. ¡Hijo!...

(Cae desmayada. Rafael la sostiene.)

RAFAEL. Reposa, madre, reposa;
también tú llevas la roja mancha;

mundo tirano, te desafío;
mártir querida, ¡ya estás vengada!
(Cae un telón supletorio. A ser posible, el blanco entre las dos partes debe resultar casi instantáneo.)

# PARTE SEGUNDA

Alcoba en casa de don Julián. En primer término de la derecha un diván: cerca de él, junto á la pared, armario de vestir con espejo. A la izquierda, en primer término, mesa de noche, y en segundo, cama colgada. Puerta al fondo y laterales; balcón en el mismo término de la primera parte; todo con colgaduras. Al abrirse la escena, las del balcón y la cama estarán cerradas completamente. Sobre la mesita una lamparilla encendida y una copa. Es de noche.

## ESCENA PRIMERA

DON JULIAN, en la cama; después de una pausa, MARGARITA, vestida de hermana de la Caridad por el foro.

MARG. Dulce hogar que fué testigo
de mi niñéz y orfandad,
al tornar á tí consigo
consagrar mi caridad
al que la ejerció conmigo.
(Descorre las cortinas del lecho y se sienta á su lado.)
No palpites, corazón,
desecha supersticiones
de engañadora ficción;
¡un libro, y es de oraciones;
busco paz en la oración! (Lee.)

JULIAN. (Volviendo en sí.)

Este es mi cuarto... mi lecho...
mas, ¿quién me trajo hasta él?
¡ah! sí; ya recuerdo el hecho,
y aquel nombre, Rafael,
que un rayo clavó en mi pecho...

MARG. (Observándole.)
(¡Ya la razón en su frente
parece un punto brillar,
y á su soplo omnipotente
la informe estátua yacente
se principia á modelar!)

JULIAN ¡Qué delirio! ¡Qué demencia!
Mas, ¿no hay nadie junto á mí?
¿Ni interesa mi existencia,
ni un cuidado merecí?...

MARG. ¡Hermano, calma y paciencia!

JULIAN. ¡Ah, sí; bien la necesito!
Mas, ¿quién es usted, señora,
que llegó á donde yo habito?

MARG. ¡Una humilde pecadora
bajo un hábito bendito!

JULIAN. No se ofenda, hermana mía,
si lamento un desengaño,
al ver que á tantos quería
y que hoy viene un sér extraño
á presenciar mi agonía.
La habrán dicho que estoy grave,
que ningún remedio cabe
y que mi herida es mortal...
De fijo que usted lo sabe...

MARG. ¿Yo? ¡Sí, conozco su mal!
Sé que con la paz perdida...
se agita sin hallar calma,
y que en su pecho escondida
lleva usté, hermano, otra herida
que no se cierra en el alma.

JULIAN. Al fin hallan mis acentos
quien responda á mis dolores
como un eco á mis lamentos,
que deja en mis pensamientos
bálsamos consoladores.
Hoy... nadie reza por mí,

nadie llorará aunque muera,
que ni un amor merecí;
¡hermana, si usted supiera
qué triste es morir así!

MARG. ¿No estoy yo aquí, hermano mío,
no está libre su albedrío,
y vive y reina en su pecho?

JULIAN. No; que cierta sombra se ha hecho
*señora* en mi *señorío*.
Sin comprenderlo, quizás,
al amor albergue dí,
y ya no reiné jamás;
yo aún mandaba en los demás
y el amor mandaba en mí.
Sea esa mujer maldita;
agua, hermana, que me agita
hasta pronunciar su nombre...

MARG. Perdón necesita el hombre
siempre débil. (Le acerca la copa.)

JULIAN. (Reconociéndola. Con un grito.) ¡Margarita!
¿Es realidad lo que toco,
ó está tu imagen grabada
en mis delirios de loco?...

MARG. ¡Yo soy esa desgraciada
á quien maldijo hace poco!

JULIAN. ¿Maldecirte?... bien quisiera;
mas me ciega tu destello,
y aun pudiendo no lo hiciera;
¿cómo maldecir aquella
que es ya mi ilusión postrera?
(1) Pues tanto y tanto sufrí,
que hasta mi herida creí
en mi apasionado error,
que la causaba el dolor
de verme lejos de tí.
Y así mis ojos cerraba
con ansiosa terquedad,
que en sueños tu sombra hallaba,
y tal vez me la robaba
la luz de la realidad (2).
Dí, por favor, si aún deliro
del alma en la noche obscura;

dí si es sueño lo que miro
ó un éxtasis de hermosura
tan fugáz como un suspiro.

MARG. No luché con la verdad,
que aquí se muestra innegable;
me arrojó la sociedad,
y soy... una *realidad*
para siempre *irrealizable*...
Me maldijo usté insensible
y hoy todo en mi daño acude,
que fué su venganza horrible...

JULIAN. ¿Maldecirte?—Nunca pude:
¿vengarme?—¡No fué posible!
Fundé en ello mi esperanza,
y en mi mano até los hilos
de esa red que al mundo alcanza
sin mirar que la venganza
es un arma de dos filos.
Contra tí el arma volví,
y en mi insensata pasión
y en mi ceguedad, no ví
que, al tratar de herirte á tí,
la hundía en mi corazón.

(Tendiendo á ella los brazos. Cae sin sentido. Margarita abre el balcón y queda envuelta en un vivísimo rayo de luna.)

MARG. Aire para respirar.
Luna que en tu derrotero
nunca cesas de girar,
mándale un rayo postrero
que va su frente á besar.
Ilumina el alma mía
tú que presides la noche,
y silenciosa y sombría
pliegas en plateado broche
el manto del rey del día.

## ESCENA II

DICHOS; RAFAEL, que entra por el balcón.

MARG. ¡Ah, un hombre!
RAFAEL. ¿Qué pensabas,
que nunca hubiera podido
llegar adonde tú estabas?...
¡Aunque te hubieras subido
á esa luna á quien hablabas!...
MARG. ¡Oh, loco estás!
RAFAEL. ¡Qué sé yo!
anhelé probar fortuna;
mi vista te percibió;
tuve envidia de la luna,
y entré por donde ella entró.
MARG. Rafael, la sociedad
por justicia ó por maldad,
me dió aquel nombre manchado,
y yo al cabo lo he cambiado
por este otro: ¡Caridad!
La que amaste al cielo huyó
al ver sus horas manchadas,
y ésta que en tierra quedó
nombre y amor sepultó
bajo estas tocas sagradas.
Ya mi vergüenza, mi llanto,
tu amor... ¡todo un sueño ha sido;
la caridad vale tanto,
que oculta en su regio manto
la mancha de mi apellido!
Y si más razones quiere
tu mente turbada, obscura,
cuando tu delirio impere,
mira aquel hombre que muere
herido por tu locura.
RAFAEL. ¡Ah! y aún me culpas á mí
y me tachas de inhumano:
el hombre que expira allí,
aunque herido por mi mano,

se muere de amor por tí.

MARG. Rafael, vete á otra parte;
sé á mi recuerdo insensible
de mi lado al separarte.

RAFAEL. ¡Ven, y díme si es posible
(La lleva ante el espejo.)
verte una vez y no amarte!
(1) ¿Ves esa negrura aleve
en que tu mano reposa?
¿no parece si se muere
juguetona mariposa
ó blanco copo de nieve?
No; si tu virtud es tanta,
yo no la puedo tener
y hasta pensarlo me espanta;
si yo amaba á una mujer,
¿cómo no amar á una santa? (2).
¡Pues cuando buscan camino
tus ojos del bien en pos,
y leen allá, su destino,
tienen un rayo divino
de la mirada de Dios!

MARG. ¡Tu ceguedad es horrible!

RAFAEL. ¡Ni se acaba, ni se trunca;
y al contemplarte insensible,
te amo mucho más que nunca,
como se ama lo imposible!

MARG. ¿Qué anhelas?

RAFAEL. Tregua á mi afán ..

MARG. ¿Y mis votos?

RAFAEL. ¡Los de amor
aún aquí vibrando están!

MARG. ¡Sálveme usted, don Julián;
protéjame, por favor!

RAFAEL. (1) ¿No oyes un eco en el viento
que amarme por siempre jura?
Pues ese es tu propio acento
que repite un juramento,
para llamarte perjura (2).

JULIAN. (Volviendo en sí, é incorporándose en el lecho.)
¡Margarita... y Rafael!
¡oh, qué duda tan cruel!

díme, por Dios, Margarita,
¿vino sólo á impulso de él,
ó acudió ansioso á una cita?

RAFAEL. Si á preguntar comenzó,
preguntemos, ¿por qué no?
¿El rival que hallo en mi anhelo,
es espíritu del cielo,
ó es materia como yo?

MARG. No hay derecho á mis favores
ni existe ya mi hermosura;
para mí ya no hay amores,
sigo la senda de flores
de otra existencia más pura.

RAFAEL. ¿Y á qué viniste?

MARG. Su herida
despertó la compasión
á que consagro mi vida...

RAFAEL. ¡Bah! *compasión* y *pasión*
son cosa muy parecida.
Ven, sígueme, vamos fuera,
tu traje me importa poco...

MARG. ¿Y de mí, qué se dijera?...

RAFAEL. Diga el mundo lo que quiera;
¿no sabes que es ciego y loco?

MARG. ¿Y Dios?

RAFAEL. Irá á nuestro lado.

MARG. ¿Y mi honor?

RAFAEL. No has de perder;
si el mundo te lo ha quitado
por el crimen de nacer
con un ajeno pecado.

JULIAN. Bien, mi Margarita, así...

MARG. ¡Vete ya!

RAFAEL. ¿Queréis que huya?

JULIAN. Lucha; me tienes á mí,
sigue, que antes de ser tuya,
saldrás sin vida de aquí.

RAFAEL. ¿Quién se opondrá á su destino?
¿Quién lucha con la pasión?
¿Quién cortará mi camino?

JULIAN. La bala de un asesino
hundida en tu corazón.

(Saca de la mesa una pistola.)
Toma: herida por herida.

MARG. ¡Eso no!

(Don Julián tira. Margarita se interpone y cae herida.)

JULIAN. ¡Bala traidora
que arranca á un ángel la vida!
Oh, Margarita querida,
¡perdón para el que te adora!

(Cae de rodillas junto al lecho, y queda sollozando con el rostro entre las manos.)

## ESCENA ULTIMA

DICHOS y BERTA

BERTA. ¡Muerta! ¡No, noche de horror!

RAFAEL. ¡Quedó el deber vencedor,
y esclavo del mundo entero,
murió nuestro amor primero
entre el deber y el amor!
¡Aguárdame, prenda amada,
á quien su virtud abona,
que en la región ignorada,
quiero poner mi corona
sobre tu MANCHA HEREDADA!

(Margarita en el diván; Berta á su lado, cubriéndola de besos y lágrimas. Don Julián, sollozando, sin cambiar de postura. Rafael en pié, en el centro.)

FIN DEL DRAMA

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

# PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

## FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

# PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.